

# *Los animales mágicos en las urnas de Tierradentro*

Alvaro CHAVES MENDOZA

## GENERALIDADES

Tierradentro es el nombre que dieron los conquistadores españoles a una región del sur de Colombia, en el Departamento del Cauca, donde los muchos nudos montañosos, lo abrupto y empinado de las sendas de penetración, las rocas escarpadas y los cañones profundos abiertos por los ríos, hacían difícil el acceso y fatigoso el camino. Montaña adentro, tierra adentro, se fueron metiendo los soldados de Belalcázar, que venían desde Quito en busca de El Dorado. Siguiendo el curso del río Páez, hacia sus cabeceras, encontraron que aquella tierra escondida era fértil y la habitaba el grupo indígena de los Paiz o Apiramas.

Durante más de medio siglo resonaron en las cañadas de Tierradentro el estampido de la pólvora y los gritos de guerra de los indígenas. Luego vino el paulatino derrumbamiento de la cultura indígena, que hoy continúa.

Pero antes de los Apiramas, llamados hoy Paeces, existieron otros pueblos que dejaron rastros de su permanencia en la región, manifiestos en tumbas subterráneas y en estatuas de piedra. Fray Juan de Santa Gertrudis, sacerdote mallorquín que visitó a Tierradentro en 1756, da la primera noticia sobre los vestigios arqueológicos, refiriéndose al pueblo de El Pedregal:

«Este pueblo fue muy rico antes de la conquista, y advierto que los indios entonces los enterraban con todo cuanto tenían. Y estos entierros o sepulcros llaman guacas; y cuando moría algún cacique, todos los del pueblo le tributaban oro, ya labrado o sin labrar, y lo echaban en la guaca; y como había indios ricos y pobres, de aquí es que hay guacas

ricas donde se halla mucho oro, y guacas pobres donde no se hallan sino juguetes como son platillos, ollitas, jarras, muñequitos y varios pájaros y animales. Pero todo de un barro muy fino y las figuras con una total perfección. El día que fui en La Plata al trapiche de doña Manuela Flórez, hay junto al trapiche había cavado una guaca. Era una concavidad hecha de propósito en una peña, con una boca por donde la fabricaron y después se cavó. Yo la ví, y según lo grande y primoroso que está, hubo de ser guaca de algún cacique. Así llamaban a los que gobernaban los pueblos, o de algún indio de gran nombre. La guaca se descubrió por las llamas que echaba de noche. La cavaron y no hallaron sino tiestos y muñecos. Lo que digo que arden las guacas es cosa cierta, especialmente los viernes y en los cuartos de luna. Y por estas llamas se han descubierto muchísimas.

En el Pedregal hay muchísimas guacas y las estaban cavando el cura, por una parte, y, por otra, el doctor Gaycedo de quien hablaré en llegando a Popayán. Este cura me contó que de unos años a esta parte habían descubierto que había en las guacas mucho oro menudo, y que hacían catear la tierra que sacaban y hallaban bastante oro. El año anterior, el doctor Gaycedo encontró una guaca tan rica que las alhajas que sacaron de oro, tigres, monos, sapos, culebras, etc., puesto en una batea un negro con toda su fuerza no lo pudo levantar. Y que el mismo año había encontrado otra con un indio seco y entero, rebocado con un capote de oro, que pesó más de cuatro quintales. Ellos, los dos, en esto de cavar guacas se habían hecho muy ricos y poderosos.» (Santa Gertrudis, 1970: 170-1.)

En 1787 otro viajero escribe sobre las tumbas y las estatuas. Es el general Carlos Cuervo Márquez, quien informa:

«En el pueblo de San Andrés, cerca de Inzá, se encuentran algunas esculturas en piedra, de las cuales las principales son dos grandes caras, que representan el sol y la luna, las que con otras figuras se encuentran en un pequeño adoratorio tallado en la roca viva.

Cerca de allí, en la región de Segovia y de Santa Rosa, se encuentran pilares de piedra en los cuales se ven figuras humanas talladas en alto relieve e idénticas a las de San Agustín.

Es seguro que al explotar esta región semisalvaje se encuentren nuevas e importantes obras que, sin duda, nos harán preciosas revelaciones sobre la prehistoria americana.

Como ya se ha dicho en otra parte, en las vecindades de Inzá existen extrañas necrópolis y vastas salas subterráneas, que todavía no han sido suficientemente exploradas.» (Cuervo Márquez, 1956: 159.)

En 1936 se empiezan las excavaciones arqueológicas. Es el alemán George Burg quien las emprende, en los cementerios de la Loma de Segovia, alto de San Andrés y Loma del Aguacate. Hace un trabajo descriptivo sobre las tumbas y su contenido (Burg, 1938).

El español José Pérez de Barradas efectúa estudios sobre Tierradentro en 1936, establece el primer cuadro cronológico basado en comparaciones formales con las culturas de San Agustín y el Quindío,

y aporta excelente material gráfico y descriptivo (Pérez de Barradas, 1943).

Los trabajos sistemáticos son continuados por el colombiano Gregorio Hernández de Alba, en 1937. Publica estudios con abundante material gráfico sobre forma y decoración de las tumbas (Hernández de Alba, 1938).

En 1942, Eliécer Silva Celis realiza excavaciones, encuentra prácticas funerarias de incineración e inhumación y aporta datos sobre las características de la cerámica (Silva Celis, 1943).

Horst Nachtigall, arqueólogo alemán, excava en Tierradentro en 1955 e interpreta las diferencias de las tumbas como diferencias sociales en tres clases: los caciques enterrados en urnas decoradas, el pueblo en urnas sin decoración y los esclavos en agujeros en el piso de las cámaras laterales. Planta la teoría de la evolución constructiva que va desde la simple tumba de pozo hasta la cámara sepulcral pintadas (Nachtigall, 1955).

En 1970, los arqueólogos Stanley Long, norteamericano, y Juan Yanguéz, panameño, investigan sobre la cerámica de Tierradentro, clasificándola en tipos (Long y Yanguéz, 1970-71: 9-128).

La arqueóloga Ana María Groot excavó en las orillas del río Ullucos, en un lugar donde se extraía agua salada para someterla a la evaporación mediante la cocción en grandes ollas de cerámica, para obtener bloques de sal (Groot, 1974).

Luis Raúl Rodríguez Lamus, arquitecto y antropólogo, expuso gráficamente una teoría sobre sistemas de construcción de los hipogeos (Rodríguez, 1962), y Leonardo Ayala, arquitecto, los relaciona con las viviendas al opinar que:

«la construcción de los hipogeos, o sea, la vivienda de los muertos, está hecha siguiendo el modelo de la habitación de los vivos, la cual se está tratando de reproducir bajo la tierra, en la roca. Esa idea ha sido demostrada anteriormente por el que esto escribe, en base al estudio comparativo de los hipogeos con los diferentes tipos de vivienda precolumbina frecuentes en la zona y teniendo en cuenta que en los constructores de cámaras funerarias la concepción de la otra vida estaba plenamente desarrollada y que ésta no era más que la continuación, a la muerte del individuo, de la vida de los vivos. En consecuencia, el individuo necesitaba una vivienda para la muerte. Esta vivienda no podía ser concebida diferente a la de los vivos, y así es como el hipogeo es una reproducción de la habitación diaria». (Ayala, 1975: 202-3.)

De 1973 hasta el presente, el arqueólogo Mauricio Puerta Restrepo, en compañía del autor, ha efectuado una serie de trabajos arqueológicos en Tierradentro, tanto de clasificación y análisis de la obra de los investigadores que los precedieron, como de nuevo aporte en excavaciones de tumbas y obtención de fechamientos por medición de la

materia radioactiva en elementos orgánicos (Chaves y Puerta, 1976, 1980).

De las publicaciones de todos estos investigadores se ha tomado la información básica para iniciar el estudio de las representaciones antropomorfas en la cerámica funeraria de Tierradentro.

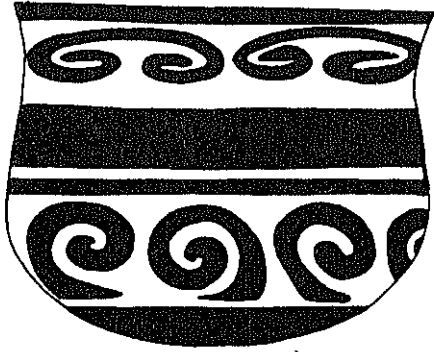
### LAS TUMBAS

Tierradentro se destaca en el panorama arqueológico de Colombia por sus tumbas. En pequeñas mesetas o en los filos de los ramales cordilleranos, un pueblo prehispánico dejó sus cementerios. Los constituyen construcciones funerarias subterráneas, formadas por un pozo circular de descenso y una amplia cámara lateral. El pozo tiene escaleras talladas en la roca, que en forma de espiral giran y descienden hasta llegar a la puerta de la cámara; ésta es un recinto de planta ovalada y techo abovedado, tallado también en la roca, con dos o tres columnas en el centro y con varios nichos laterales. Las paredes y el techo de la cámara están pintados en rojo y negro sobre un fondo blanco, con diseños geométricos en los cuales la línea recta y los rombos concéntricos son el elemento temático central, que se repite con variaciones en tamaño, número y posición. Los colores para esta decoración son minerales obtenidos de tierras de la región.

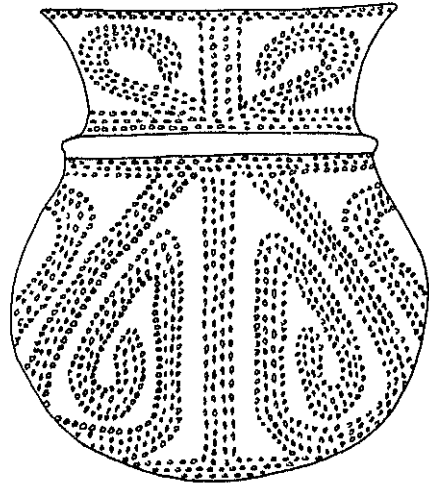
Las tumbas pintadas, llamadas hipogeos, son entierros colectivos y secundarios; lo primero porque son varios cadáveres los que allí descansan, unos dentro de urnas de cerámica y otros en agujeros en el piso; lo segundo porque los restos óseos se encuentran quemados e incompletos: vienen de otras tumbas menores, también encontradas en la región, donde estuvo un tiempo el entierro primario del difunto. Para entierros primarios se tiene la fecha de 630 d. C. (Chaves y Puerta, 1980b: 13) y para entierros secundarios 850 d. C. (Chaves y Puerta, 1980b: 22).

La cerámica que acompaña al muerto en su entierro primario es monocroma, de formas sencillas y su escasa decoración se limita a incisiones. Al quemar los huesos descarnados después de algún tiempo se colocaban en urnas funerarias y se depositaban éstas en los hipogeos. Es en esta cerámica funeraria (figs. 1 a 15) en las urnas donde van los huesos quemados y en otros recipientes donde se colocaba alimento y bebida para el muerto (fig. 14), donde vamos a encontrar los animales mágicos.

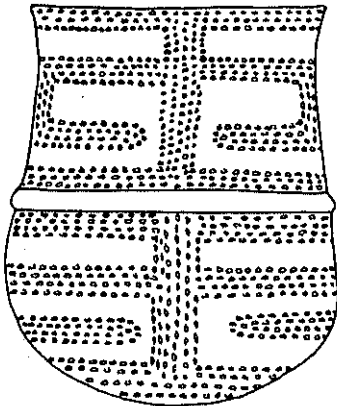
Las urnas están hechas de arcilla cocida y su forma es cilíndrica con base semiesférica y boca ancha; no tienen tapa y su decoración es pintada, incisa, empastada o en relieve. Siguen estas urnas un proceso evolutivo en la decoración, que se desarrolla paralelamente



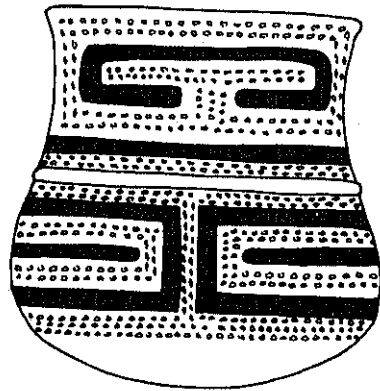
1



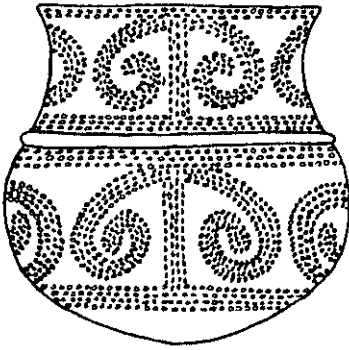
2



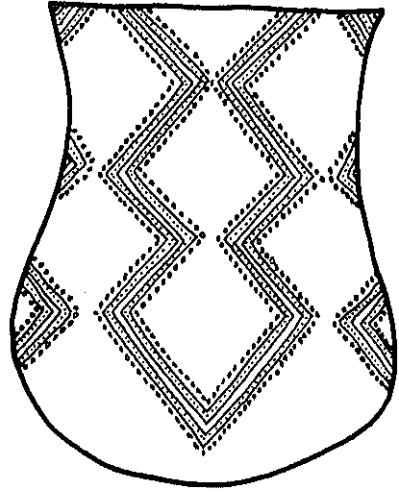
3



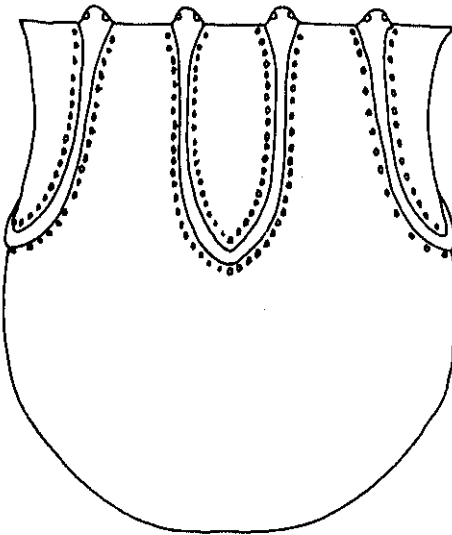
4



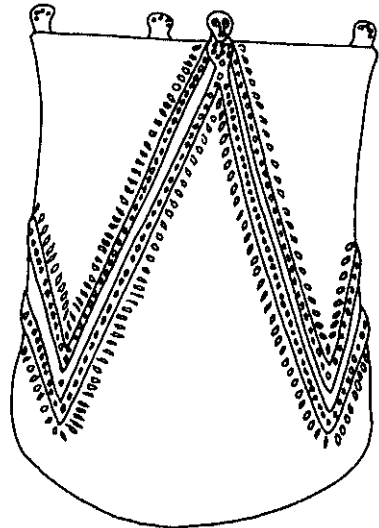
5



6



7



8

a la evolución de las tumbas en cuanto a su forma y tamaño. Los hipogeos, a partir de una forma elemental de fosa circular, se van desarrollando como pozos: pozos con escaleras de descenso; pozos con escaleras y cámara lateral sin techo; pozos con escaleras y cámara con techo, y, por último, pozos con escaleras de caracol y cámara con pintura policromada y columnas centrales. La cerámica sufre también una variación creciente, que se inicia con ejemplares monocromos cuyo color está dado por engobe; luego aparecen las incisiones y el empaste con relleno de cal y cuarzo blanco (figs. 2, 3, 5 y 6); después viene la bicromía en diseños de pintura negra sobre roja (fig. 4), también el pastillaje y el modelado (figs. 7 a 14). Para culminar, las figuras en relieve salen de la superficie del recipiente (fig. 15).

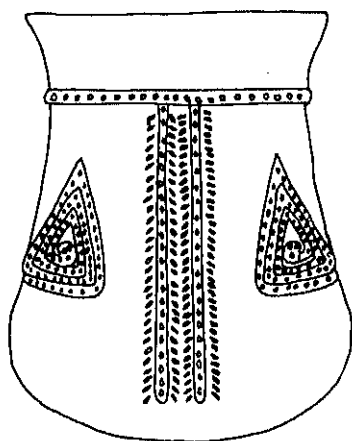
#### LOS ANIMALES MÁGICOS

Los temas principales de la decoración en las urnas funerarias son tres animales: la serpiente, el ciempiés y la lagartija. La figura humana también se encuentra, pero con menor frecuencia y sólo en los recipientes modelados o en relieve (fig. 15).

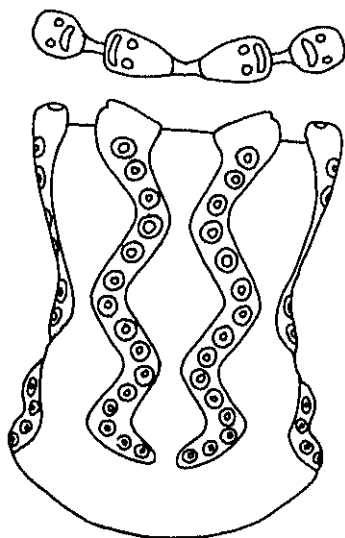
Debemos tener en cuenta que las figuras zoomorfas que nos ocupan no son sino en muy contados casos naturalistas. Las llamaremos serpientes, lagartijas y ciempiés, por «comodidad nominativa» (Barney, 1975: 5), pero se trata de representaciones que van más allá de la simple expresión plástica del animal; guardan con él una relación formal, pero han pasado al campo del realismo mágico y son como el artista las concibió, abstrayendo las características que ante sus ojos las definieron como componentes de su universo mítico-religioso. Son seres fantásticos, creados por el hombre precolombino como expresión de su realidad cultural, como interpretación propia de su mundo, que era un mundo mágico.

De estos animales mágicos el que tiene un mayor porcentaje de representaciones es la serpiente, luego viene la lagartija y, por último, el ciempiés. Hasta el momento éstos son los temas centrales de la decoración de las urnas de entierro secundario, alternando con la figura humana y a veces compenetrándose con ella, para formar nuevos seres antropozoomorfos (fig. 15).

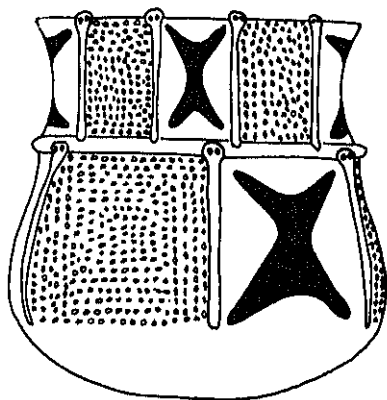
Al preguntarnos el porqué de la escogencia de estas figuras como tema principal y reiterado de la ornamentación funeraria, debemos recurrir al estudio de varias fuentes de información que serían ante todo los datos que se puedan obtener del material en sí mismo y de su función dentro de un contexto funerario, luego el conocimiento de las costumbres del pueblo que actualmente ocupa el mismo terri-



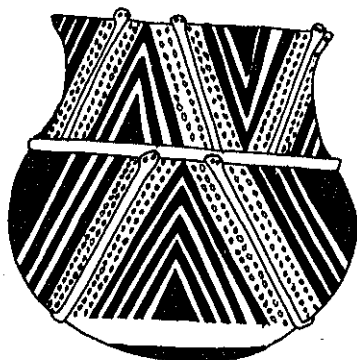
9



10

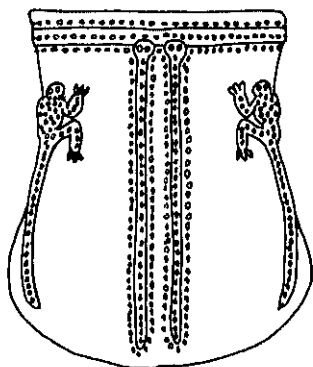


11

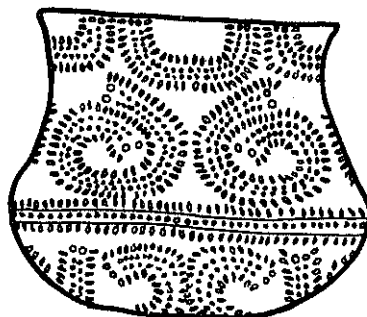


12

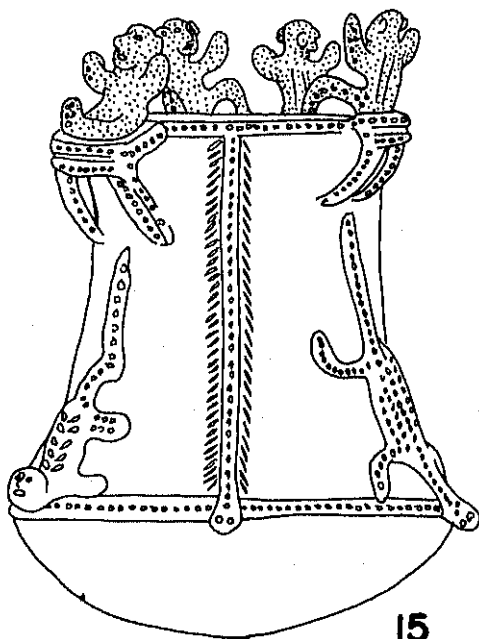




13



14



15

torio, y las de aquellos que, ya sea en regiones vecinas o aun dentro de Colombia y América, presenten dentro de sus representaciones en objetos o monumentos estos mismos animales, o los incluyan en sus relatos míticos. Este análisis debe hacerse tanto en los grupos indígenas actuales como en las culturas arqueológicas. Y es lo que trataremos de iniciar con este trabajo, conscientes desde luego de que es una labor extensa y compleja, que apenas lograremos dejar esbozada.

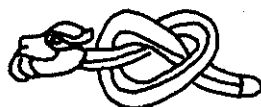
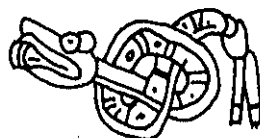
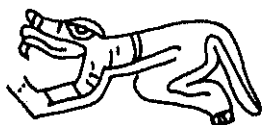
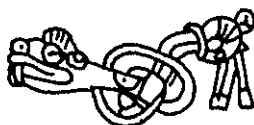
### LA SERPIENTE

Es el animal que más se representó en las urnas funerarias de Tierradentro. Aparece unas veces pintado (fig. 1), otras veces hecho con incisiones rellenas de pasta blanca (figs. 2, 3, 5 y 6) y también formado por modelado directo y por aplicación o pastillaje (figs. 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 15). La representación varía desde un naturalismo en el cual la serpiente es fácilmente reconocible (figs. 7, 10, 11 y 12) hasta la estilización de sus rasgos anatómicos, que deja solamente lo esencial de la forma y nos presenta la espiral o la línea sinuosa como emblema del todo (figs. 1, 2 y 5). Y aún más, se llega en esta abstracción hasta la transformación de la línea curva en recta (figs. 3, 4 y 6) y así tenemos que aparece la serpiente enrollada formando una figura triangular y no una espiral (fig. 9). También se combinan sus rasgos con partes humanas, para formar figuras antropozoomorfos (fig. 8).

Nos encontramos con una manera de representar un fenómeno, en este caso la serpiente, en la cual no se tiene como fin la copia de la naturaleza, ni el plasmar la figura del animal en sí, sino dar expresión a un concepto que la mentalidad del artista prehispánico considera unida a este animal.

Y es tras este concepto que debemos encaminar nuestra investigación, teniendo presente ante todo que cualquier interpretación que brote de los valores de nuestra propia cultura es inaceptable, pues sólo estaría reflejando la proyección de dichos valores en un contexto cultural diferente. Por lo tanto, nuestras fuentes de análisis, para que sean válidas, deberán referirse a conceptos originarios de culturas prehispánicas o de culturas actuales, cuyos valores simbólicos pertenezcan a ese mismo universo mágico-religioso.

Lo ideal sería la interpretación del simbolismo de la serpiente a través de la propia cultura arqueológica de Tierradentro, pero de ella no tenemos sino la evidencia material: la serpiente como elemento principal de la decoración de las urnas funerarias. Pasemos entonces al pueblo que hoy habita la región: los Paeces. Según Bernal Villa, el Trueno, espíritu inmortal, protector de la gente, defensor contra los Pijaos, «tenía en la espalda cuero de culebra, era culebra» (Bernal,



Lagartijas y serpientes del Códice Borgia.

1954: 246). Y su hijo Llibán, el mejor curandero de Tierradentro, al ser rodeado por una tribu de Pijaos para matarlo, se defendió con una boleadora que era una culebra, «boleó la culebra y se murieron todos los Pijaos» (Bernal, 1954: 295). La serpiente está unida en ambos relatos míticos a la idea de inmortalidad y protección.

En casi todas las culturas arqueológicas de Colombia aparece representada la serpiente, pero al igual que en Tierradentro sólo tenemos el fenómeno físico de su presencia material, pero nada sabemos de su significación. Entre los pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta, llamados Taironas, la serpiente aparece en la cerámica y en la orfebrería; lo mismo podemos decir de los pueblos del Sinú, que la representaron innumerables veces en sus piezas de oro y en sus vasijas de barro. En las zonas Quimbaya y Calima sucede igual y también en el sur del país, en los artefactos de oro y en los de arcilla, que nos dejaron los pobladores de las costas de Tumaco y del altiplano nariñense. La serpiente es elemento típico en la decoración de casi todos los pueblos prehispánicos de Colombia, pero su significado, la razón de ser de su presencia reiterada en esa decoración, no se ha explicado aún en su totalidad.

Solamente se han hecho estudios de simbolismo de la serpiente en la cultura Agustiniense. Allí, donde la serpiente es motivo importante en la talla de la piedra, Preuss la relaciona con el agua y la fertilidad (Preuss, 1974: 176-7), basando su opinión en estudios de simbolismo de otros pueblos precolombinos.

Duque Gómez estudia su significado haciendo un paralelo con los horizontes arqueológicos de Chavín y Tiahuanaco en el Perú, y dice «en ambos horizontes aparecen animales simbólicos como en San Agustín, tales como el puma, el cóndor y la serpiente, que se interpretan como la representación del mundo de arriba o cielo (cóndor), el mundo terrestre (puma) y el mundo subterráneo (serpiente) (Duque, 1963: 101-2).

A su vez, Barney Cabrera dice que «hay serpientes míticas relacionadas con las lluvias y otras con las tempestades y los vientos. Cuando se acercan aquéllas, cuando llega el invierno, «las serpientes se alborotan» y otras silban llamando a los vientos. En este sentido las representaciones ofídicas estarían claramente asociadas con el ciclo de las cosechas y, por ende, tendrían significados afines a la fertilidad de la tierra. Otras veces representan el submundo de la muerte en contraposición al de la luz, simbolizado por el águila o el halcón (Barney, 1975: 36-7).

Hay, pues, dos conceptos relacionados con la serpiente: el del agua y la fertilidad y el del mundo subterráneo o submundo de la muerte; conceptos que a primera vista parecen totalmente opuestos, pero que en realidad son las dos caras de una misma moneda, puesto que los

pueblos prehispánicos basaron su concepción del mundo en el principio del dualismo por oposición, en el cual vida y muerte, luz y sombra, bien y mal, son las dos partes inexcluyentes de un todo cosmológico.

Considerando ahora el pueblo Muisca, que habitaba el altiplano en la cordillera oriental en el momento de la Conquista, encontramos que es el grupo prehispánico de Colombia del cual tenemos más información sobre religión y mitología, recopilada por los cronistas. La serpiente fue personaje importante tanto en el relato mítico como en los rituales y aparece en la creación del hombre:

«En el distrito de la ciudad de Tunja, a cuatro leguas a la parte del Norte y una de un pueblo de indios que llaman Iguaque, se hace una coronación de empinadas sierras, tierra muy fría y tan cubierta de páramos y ordinarias neblinas que casi en todo el año no se descubren sus cumbres, si no es al medio día por el mes de enero. Entre estas sierras y cumbres se hace una muy honda, de donde dicen los indios que a poco de como amaneció o apareció la luz y criadas las demás cosas, salió una mujer que llaman Bachué y por otro nombre acomodado a las buenas obras que les hizo Furachoque, que quiere decir mujer buena, porque fura llaman a la mujer y choque es cosa buena, sacó consigo de la mano un niño de entre las mismas aguas, de edad de hasta tres años, y bajando ambos juntos de la sierra a lo llano, donde ahora está el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella, porque luego que la tuvo se casó, y el casamiento tan importante y la mujer tan prolfica y fecunda que de cada parto paría cuatro o seis hijos con que se vino a llenar toda la tierra de gente, porque andaban ambos por muchas partes dejando hijos en todas, hasta que después de muchos años estando la tierra llena de hombres y los dos ya muy viejos se volvieron al mismo pueblo y dél llamando a mucha gente que los acompañara, a la laguna de donde salieron, junto a la cual les hizo la Bachué una plática exhortando a todos la paz y conservación entre sí, la guarda de los preceptos y las leyes que les había dado que no eran pocos, en especial en orden al culto de los dioses, y concluido se despidió con singulares clamores y llantos de ambas partes y convirtiéndose ella y su marido en dos muy grandes culebras, se metieron por las aguas de la laguna, y nunca más parecieron por entonces, si bien la Bachué después se apareció muchas veces en otras partes, por haber determinado desde allí los indios contarla entre sus dioses, en gratificación de los beneficios que les había hecho.» (Simón, 1953: 228-9.)

Es indudable en este relato la relación entre la serpiente, el agua y la fertilidad. Bachué, que encarna aquí el principio de la vida pues de ella nace la humanidad, y el de la fertilidad pues sus partos son prolíficos, luego de cumplir su misión se convierte en serpiente en la laguna y con ello se inicia el culto al agua. Tres elementos encadenados: fertilidad, serpiente, agua.

Como reiteración de este simbolismo, encontramos el relato de la Cacica de Guatavita, narrado así por fray Pedro Simón:

«Lo cual así determinado por el demonio y obedecido por ellos hacían estas ofrendas no (en) cualesquiera aguas, sino en aquellas que parecía había alguna particular razón por ser extraordinario su sitio, asiento o disposición, como en partes extraordinarias de ríos, como lo hacían en una parte peñascosa del de Bosa, cuando pasa por cerca de un cerro que llaman del Tabaco, dos leguas y media de esta ciudad de Santa Fe; en lagunas de sitios y puestos peregrinos, como se hacía en una cuesta cerca de este paso del río en la mitad de tierra que hay desde él al pueblo de Suacha (sic), llaman a este puesto Bochachío, pero entre todas estas partes el más frecuentado y famoso adoratorio fue la laguna que llaman de Guatavita que está una legua poco más del pueblo así llamado, de quien ya dejamos dicho algo. Esta laguna tiene mil razones de las que los indios buscaban y el demonio pedía para hacer en ella sus ofrecimientos, porque está en la cumbre de unos muy altos cerros, a la parte del Norte, cáusase de unas fuentezuelas o manantiales que salen de lo alto del cerro que la sobrepaja que manaron por todos como un brazo de agua que es la que de ordinario sale de la laguna o poca más, aunque puede ser tenga otros manantiales dentro de la agua, que aún no se ha podido saber, por ser tan profunda. La cual no tiene de ancho en redondo, aunque un poco aovada más de un tiro largo de piedra; a la redonda subirá por partes el cerro desde la agua otro tiro por lo más alto porque no están parejas las cumbres que la cercan; algunos árboles bajos como los consiente la frialdad del páramo donde están, cercan sus riberas de sus aguas claras, aunque no gustosas por picar un poco su sabor de agua de bomba.

Aquí, pues, como en lugar acomodado de los que el demonio pedía se solían hacer algunos ofrecimientos con el modo que él les tenía ordenado, el cual se solía aparecer en las mismas aguas en figura de un dragoncillo o culebra grande y en apareciendo le habían de ofrecer algún otro o esmeraldas, para lo cual les estaban con vigilancia los jeques aguardando en unas chozuelas de la vera del agua; duraron estos ofrecimientos que eran muy en grueso hasta que se aumentaron después con lo que sucedió después a la mujer del cacique de Guatavita, el cual en tiempos muy atrasados cuando todos los caciques gozaban libremente de su señorío, antes que el Bogotá tiránicamente los sujetase, era el más poderoso señor que había en este reino de los moscas, conociéndole superioridad muchos caciques sus convecinos, no por modo de tiranía ni servidumbre, como después sucedió con el Bogotá, sino por un respeto y reverencia que le tenían como a mayor señor y de mayor linaje, sangre y prendas. Sucedió, pues, que en aquella edad que entre las mujeres que tenía estaba una de tan buenas partes en sangre y hermosura que así como en esta excedía a las demás también las excedía (en) la estimación que hacía de ella el Guatavita, la cual no advirtiendo la cacica como debiera, hizole traición con un caballero de los de la corte, y no tan en secreto que no llegara a los oídos del marido, el cual puso tan buena diligencia en haber a las manos al adúltero y presto le cayó en ellas y desde ellas en aquel cruel tormento de muerte que usaban en tales casos como era empalarlos, habiéndole primero hecho cortar las partes de la puridad, con las cuales quiso castigar a la mujer, sin darle otro castigo que dárselas a comer guisadas, en los comistrajés que ellos usaban en una fiesta que se hizo por ventura sólo para el propósito en público por serlo ya tanto el delito, de que fueron tan grandes los sentimientos de la

mujer que no hubieran sido mayores si hubiese pasado por la pena del agresor a que se añadieron otros no menores, cantando los indios el delito en sus borracheras y corros, no sólo en el cercado y casa del cacique, a la vista y oídos de la mujer, sino en los de todos sus vasallos, ordenándolo así el Guatavita por escarmiento de las demás mujeres y castigo de la adúltera.

En la cual fueron creciendo tanto los sentimientos de estas fiestas, amargas para ella, que por huir de ellas trató de huir de esta vida con desesperación para entrar en mayores tormentos en la otra, y así un día en que halló la ocasión que deseaba se salió del cercado y casas de su marido, a deshora, con el mayor secreto que pudo, sin llevar consigo más que una muchacha que llevaba cargada una hija que había parido poco había de su marido el cacique, y caminando a la laguna, apenas hubo llegado cuando por no ser sentida de los jeques que estaban a la redonda en sus chozuelas, arrojó a las niñas a la agua y ella tras ellas donde se ahogaron y fueron a pique, sin poderlas remediar los mohanes que salieron de sus cabañas al golpe que oyeron en el agua, aunque conocieron luego por ser de día quién era la que se había ahogado, y así viendo no tenía aquello remedio, partió uno de ellos a mayor correr a dar aviso al cacique del desgraciado suceso el cual partiendo al mismo pasó por la laguna con ansias mortales por no haberse persuadido que los sentimientos hubiesen traído a tal estado a su mujer que hiciese aquella, y por la desgracia de su hija; luego que llegó y no las vió por haberse ya sumido los cuerpos (que pretendía sacar si estuviesen sobreaguados), mandó a uno el mayor hechicero de los jeques que hiciese como sacase a su mujer e hija de aquel lago. El jeque trató luego con sus vanas ceremonias y supersticiones de poner por obra lo que se le ordenaba, para lo cual mandó luego encender lumbre a la lengua (sic) del agua y poner en las brasas unos guijarros pelados hasta que quedasen como las demás brasas y estándolo ya y él desnudo, echólos en el agua y el tras ellos zambulléndose sin salir de ella por un buen despacio (sic) como lo hace un buen nadador o buzo, como él era, hasta que salió solo como entró diciendo que había hallado a la cacica viva (embuste que el demonio le puso en la imaginación) y que estaba en unas casas y cercado mejor que el que deseaba en Guatavita y tenía el dragoncillo en las faldas, estando allí con tanto gusto que aunque le había dicho de parte de su marido el que tendría en que saliera y que ya no trataría más del caso pasado, no estaba de este parecer pues ya había hallado descanso de sus trabajos a que no quería volver pues él había sido causa de que le dejasen ella y su hija, a la cual criaría allí donde estaba para que la tuviese compañía.

No se quietó el cacique con el recado del jeque y así diciéndole que le sacase siquiera a su hija, la hizo buscar otra vez con los mismos guijarros hechos ascuas y volviendo a salir traía el cuerpo de la niña muerto y sacado los ojos, diciendo se los había sacado el dragoncillo estando todavía en las faldas de su madre, porque no siendo la niña sin ojos, ni alma, de provecho entre los hombres de esta vida, la volviesen (a) enviar a la otra con su madre que la quedaba aguardando, a que acudió el cacique por entender así lo ordenaba el dragoncillo a quien él reverenciaba tanto, y así volvió a mandar echar el cuerpezuelo a la alguna donde luego se hundió, quedando el Guatavita sin poder

consolarse en nada por lo mucho que quería la hija y madre, no obstante la que había usado con él.» (Simón, 1953: 166-70.)

Aquí ya no es una deidad la que se transforma en serpiente, es una mujer que pagó su pecado purificándose con la muerte, que la convierte en un ser divinizado, a quien se ofrendan oro y esmeraldas. Hay un cambio de vida, un renacer, un paso a otra existencia diferente y mejor, puesto que se asciende a una categoría divina y se recibe un homenaje. Es una muerte y una resurrección, el mundo subterráneo y la fertilidad, simbolizados por el agua y la serpiente, que se presenta aquí con ese carácter dual, opuesto pero complementario, que ya habíamos encontrado en San Agustín.

Dentro de la mitología Muisca, existe otro relato que nos interesa: es la historia del cacique Micuchuca y su china:

«A uno de los antiguos Bogotáes llamado Micuchuca, sucedió que trayéndole una vieja una china doncella que él había enviado a pedir, se aficionó tanto a ella por ser hermosa que empleando en ella toda su afición parece que no le quedó ninguna con que acariciar a la principal de las demás que tenía porque todo su entretenimiento de noche y de día era con la recién venida de que la otra rabiaba de celos, sin poderlo remediar, hasta que consultando el caso con un jeque, ayunando y haciendo ofrendas al santuario, le respondió el jeque que llegase una noche a la cama del cacique que estuviese en ella con la china, lo cual como hiciese la mujer halló al cacique su marido durmiendo y con él una gran culebra en que estaba convertida la china; salió en silencio del aposento y casa y yéndose a la del jeque le dijo lo que pasaba, el cual le respondió que otro día convidase a la india con otra de las mujeres a irse a bañar a este río que llaman Bogotá o por su propio nombre Bunza, cuando pasa por bajo del salto de Tequendama, porque esto sucedió en la casa de recreación que tenía allí cerca, a quien los españoles llamaron casa del Monte, cuando entraron en esta tierra, de quien ya hablamos; no se descuidó la mujer en el convite y diligencia para el baño, en el cual estándose ya bañando todas que fueron a vista de las demás se convirtió la china en una gran culebra y se desapareció por entre las aguas, sin que más la viesen con que quedó deshecho el engaño demonio y la cacica fuera de celos.» (Simón, 1953: 266-7.)

En este relato la china tiene como característica específica su atractivo sexual, tan poderoso que al cacique no le quedó ninguna afición por las demás mujeres. Y es la conversión en serpiente lo que define esta característica: al hacer el amor sufría esa transformación. Termina por convertirse definitivamente en serpiente y el hecho tiene lugar en el agua. De nuevo encontramos la serpiente como símbolo del poder sexual, e indirectamente de la fertilidad. Y de nuevo ese cambio de estado, esa transformación, se realiza dentro del agua.

Un ejemplo más nos proporciona la cultura Muisca. Según relata Fernández de Piedrahita, en el cacicato de Ubaque existían unas ser-



pientes que «si las parten y destrozan por cuantas partes tienen vuelven a juntarse y unirse como de antes, quedando vivas; y aún si alguna persona se quiebra pierna, brazo o costilla, ha demostrado la experiencia y enseñado que moliendo y desatando en vino una parte de ellas y dándosela al doliente, luego que sucede el fracaso, se suelda la parte lesa en bebiéndola» (Fernández, 1973: 461).

En este relato es mucho más directa la relación serpiente-fertilidad. Las serpientes de Ubaque mueren y resucitan, al ser destrozadas vuelven a juntar sus pedazos y quedan vivas. Y aún más, curan las quebraduras, sueldan los miembros rotos. Son, pues, símbolos de vida, de renacer, de fertilidad, como lo son en los relatos sobre Bachué, la cacica de Guatavita y la china del cacique Micuchuca.

Ampliando ahora nuestro campo de investigación, tomamos las culturas mesoamericanas. De ellas conocemos mucho más porque tuvieron su propia escritura y nos quedan algunos de sus libros, porque se recogió su tradición oral y porque sobre ellas escribieron con detalle quienes vivieron la época de la Conquista, cuando estaban vivas las creencias y en plena vigencia el simbolismo mágico de los seres y de las cosas.

Sabemos que los pueblos mexicanos tuvieron calendarios solares y rituales en los cuales los días tenían nombres específicos, muchos de ellos de animales, y que estos animales eran simbólicos. Afortunadamente conocemos ese simbolismo.

Tanto en el calendario solar como en el ritual, la serpiente es el signo del quinto día y a ese día lo regenta la diosa de las aguas vivas: Chalchiutlicue. La representación de la serpiente en los calendarios es realista o jeroglífica, y tanto ella como la diosa del agua «aluden a la virtud fecundante que posee el agua y a la fecundidad en general, es decir, al acto sexual». (Seler, 1963: 80).

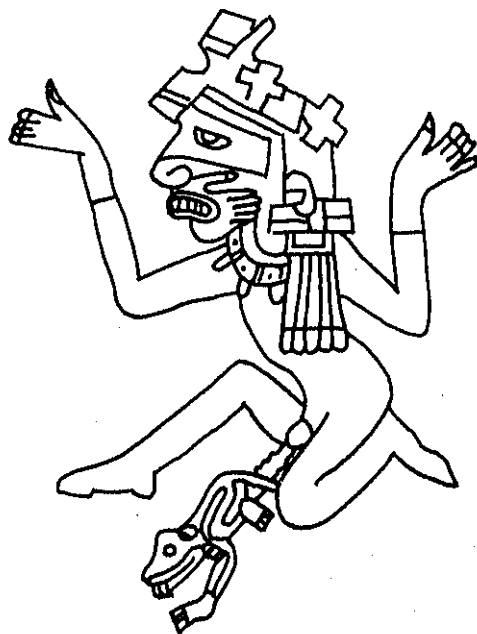
En el Códice Borbónico aparece el signo del movimiento, formado por una serpiente y un ciempiés entrelazados. Este signo identificaba al decimoséptimo de los días del calendario y era el emblema del quinto mundo, o sea, el mundo en el cual vivían los pueblos mexicanos después de la destrucción de cuatro mundos anteriores. Serpiente y ciempiés unidos para simbolizar un mundo nuevo, resultante de una renovación, de un paso a un estado superior. Y junto a ellos aparece Tlazoltéotl, la diosa de la tierra, «la gran paridora» (Seler, 1963: 209).

En general, donde encontramos la serpiente existe una transformación, una nueva vida. Cuando Topiltzin Quetzalcoatl, el rey sacerdote de Tula, es desterrado por dedicarse al culto pacífico de la serpiente emplumada, aborreciendo los sacrificios humanos, él y sus segundos fueron transportados «en una balsa formada por serpientes, rumbo al Este, de donde algún día habría de regresar» (Coe, 1962: 141).

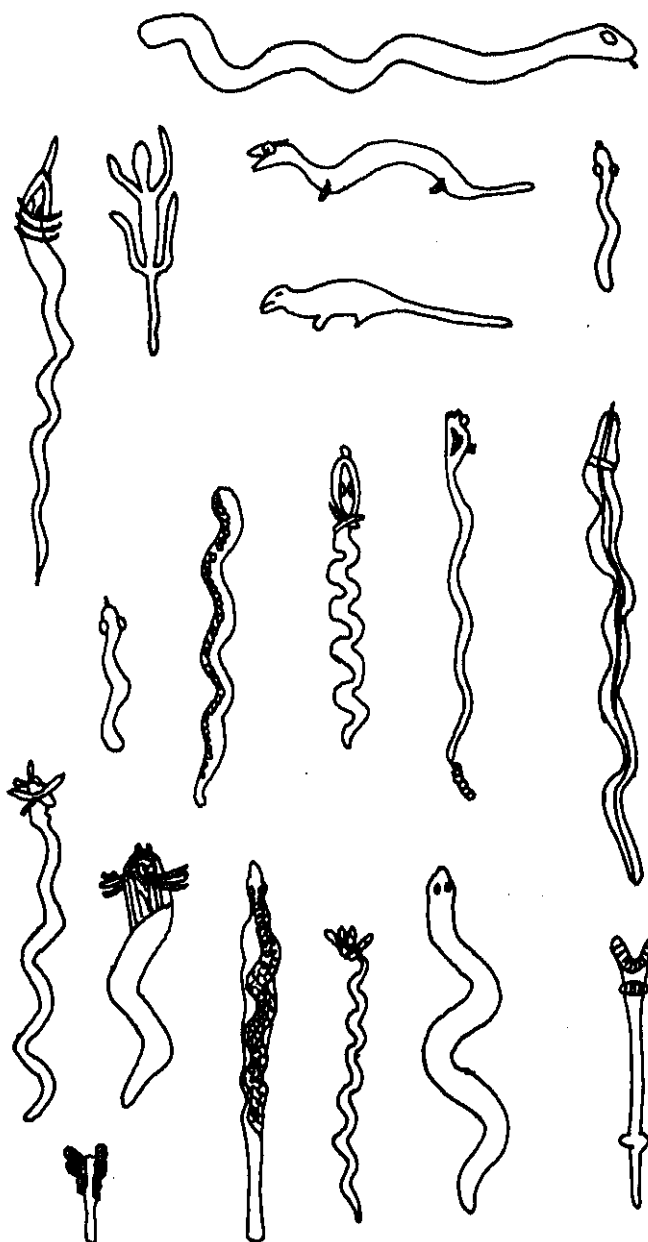
Códice Borgia.



La Cihuateotl del Oeste.



El dios de la voluptuosidad.



Serpientes y lagartijas Muiscas.

Para los antiguos mexicanos «lo precioso» era el agua, la sangre y el jade. Y lo precioso lo representaban en sus códices por dos círculos concéntricos, verdes para el jade, azules para el agua, rojos para la sangre. Ya vimos la serpiente simbolizando al agua; también la encontramos como emblema de la sangre en la estela de Aparicio, en Veracruz, donde «un jugador de pelota tiene la cabeza cortada y siete serpientes entrelazadas brotan de su cuello» (Coe, 1962: 122). De nuevo el concepto dual, de vida y muerte, representado por la serpiente de sangre, que se repite en códices y relieves aztecas para significar el líquido precioso que brota con la muerte pero que mantiene la vida, pues el quinto mundo existía en razón de la sangre que ofrendaron los dioses en Teotihuacán y que los hombres debían ofrecer también, por medio de sacrificios humanos, para que continuara la existencia (Coe, 1962: 103-4).

Las diosas mexicanas de la tierra se relacionaron con la serpiente. Cihuacóatl, la señora serpiente, venerada en Culhuacán, era «la fuerza vital de la tierra», y Coatlicue, la de la falda de serpientes, era la naturaleza mortífera de la tierra y también la «madre bondadosa de cuyo seno nacen las plantas y monstruo insaciable que devora todo lo que vive» (Krickeberg, 1973: 142-143).

Los Mayas tuvieron a Ah Bolón Tz'acab como dios del agua y lo representaron como una serpiente; era el «genio de la fertilidad y de la abundancia» (Seler, 1963: 237).

Entre los Incas, dos seres mitológicos comunicaban los mundos del cosmos prehispánico peruano, donde «desde el mundo subterráneo u Oco Pacha, recorrían el mundo terrenal o Cay Pacha y se prolongaban al Hanan Pacha o mundo celestial. Estos seres mitológicos eran representados en forma de dos serpientes: Yacumama, al llegar a la superficie se transformaba en gran río (Yacu: agua) y al pasar al mundo de arriba era el rayo o Iliape, considerado como dios de las aguas. La otra serpiente es Sacha-Mama: tiene dos cabezas y camina verticalmente con lentitud y apariencia de árbol añoso. Al llegar al mundo superior se transforma en el arco iris, que es una deidad vinculada con la fertilidad y fecundidad» (Kauffmann, 1973: 73).

El concepto se repite, la serpiente es fertilidad, fecundidad y elemento de unión, de transformación, de nueva vida.

Volvamos a los pueblos indígenas actuales. Entre los mitos de los Desana del Vaupés, Reichel Dolmatoff relata que el sol creó al hombre en el mundo verde, debajo de la superficie, y de allí lo envió a la tierra «en una canoa viva pues en realidad era una gran culebra que nadaba en el fondo de las aguas» (Reichel, 1968: 18). Aquí el papel que asume nuestro animal mágico es el de portador de la vida. Y también la encontramos como representación sexual: la anaconda es «símbolo uterino, devirador y destructor, pero al mismo tiempo procrea-

dor» (Reichel, 1968: 76), y la boa es «animal masculino, en todo sentido opuesto a la anaconda» (Reichel, 1968: 76).

Hemos tomado todos estos ejemplos, tanto de culturas prehispánicas como actuales y en ellos encontramos coincidencia en la significación de la serpiente como fertilidad y destrucción, como principio dual de vida y muerte, como elemento de unión entre diversos mundos. Es símbolo sexual y de la transformación cíclica que mantiene el orden universal.

#### LA LAGARTIJA

Es el segundo animal mágico que aparece en las urnas funerarias de Tierradentro, siempre acompañado de la serpiente (figs. 13 y 15). Unas veces la encontramos representada en forma naturalista (figuras 13 y 14) y otras veces antropomorfizada (fig. 15).

Recurrimos de nuevo a la simbología de los pueblos prehispánicos de México y encontramos la lagartija como representante del cuarto día de los calendarios ritual y solar. Es signo acuático, de la abundancia del agua. Cuenta el intérprete del Códice Vaticano 3.738 que «cuando en Tollan una vez no llovió en cuatro años y el pueblo moría de hambre, Quetzalcóatl aplacó la ira de los dioses con sus ejercicios de penitencia y autosacrificio, y entonces apareció sobre la tierra una lagartija que rascó el suelo y la tierra se volvió fértil y produjo muchos frutos» (Seler, 1963: 76-7).

También la encontramos con connotaciones sexuales. En las láminas 53 y 72 del Códice Borgia está unida al pene de los hombres y en el folio 54 del Códice Vaticano 3.738 a la matriz de las mujeres. El Códice Borgia presenta en la lámina 17 (los signos de los días y las partes del cuerpo) al signo de la lagartija unido al pene por un río de sangre. «En esto se expresa la concepción de que la lagartija simbolizaba la voluptuosidad, el instinto sexual y la impudicia» (Seler, 1963: 207).

El dibujo del Códice Vaticano 3.738, que representa al dios de la vida y al dios de la muerte en la región terrenal, muestra a Quetzalcóatl con la lagartija sobre la mano, como símbolo de «procreación, abundancia, agua y vida» (Seler, 1963: 138).

En «las veinticinco parejas divinas», de los Códices Laúd y Vaticano 3.773, el guerrero que aparece frente a Xochiquetzal, la diosa del amor «lleva una lagartija bajo el brazo, como símbolo de lujuria» (Seler, 1963: 168).

Entre los Mayas, el cuarto día del calendario tiene un signo agrario y con él aparece la lagartija (Duque, 1963: 78).

Duque Gómez opina que «las ideas de tierra y muerte estuvieron siempre en íntima conexión con las concepciones religiosas de los antiguos mesoamericanos. Para ellos la tierra era el último lugar donde van los muertos. Concebían, pues, su representación en forma de monstruo, a veces en forma de tiburón, en ocasiones en forma de lagarto o como una rana con boca de grandes colmillos y garras en las patas y en las manos» (Duque, 1963: 88).

En la simbología de los Desana encontramos que el lagarto (*Plica plica* L.) «simboliza el pene, por su cola con que «azota» y por una bolsa roja en la garganta» (Reichel, 1968: 76). También el lagarto simboliza «el Kumu (sacerdote solar): las espinas de su cola representan un principio de comunicación, de contacto directo» (Reichel, 1968: 76).

En muchos objetos arqueológicos de las culturas de Colombia aparece la lagartija, principalmente en las vasijas de cerámica de los Muiscas y de los Quimbayas y en las figuras de oro de Sinúes y Quimbayas; pero nada sabemos de su significación. Relacionada con los restos humanos la encontramos en los relieves que adornan las urnas funerarias de El Espinal, Tolima, en las excavaciones realizadas por Julio César Cubillos. Estas urnas presentaban huellas de cremación, como las de Tierradentro (Cubillos, 1954: 142).

En los ejemplos anteriores encontramos para la lagartija los significados de agua, fertilidad, símbolo sexual, voluptuosidad, impudicia, lujuria, procreación, abundancia, tierra, muerte, comunicación y contacto directo. Son los mismos símbolos que hallamos para la serpiente, o sea, que podemos considerar a la lagartija como un equivalente a la serpiente, en cuanto a su significación mágica en los pueblos prehispánicos. El porqué de la escogencia de uno de los dos animales en cada caso es cosa que falta por investigar, pero parece claro, por los ejemplos tomados de diversos pueblos indígenas, antiguos y actuales, que la simbología es similar: sexo, fertilidad, dualidad, transformación, vida nueva.

### EL CIEMPIÉS

Aparece este animal mágico en Tierradentro pocas veces y en algunas de ellas no puede precisarse si se trata de una serpiente que por la manera como está representada se parece a un ciempiés (fig. 14), pero como podría serlo, es necesario buscar también la simbología del ciempiés.

De nuevo en los Códices mexicanos encontramos datos que sirven a nuestro propósito. Ya nos hemos referido a la representación del signo «movimiento» del quinto mundo, formado por una serpiente y

un ciempiés entrelazados, significando la fertilidad, el mundo, la renovación.

En el Códice Borbónico, cuando aparece la diosa del amor, Xochiquetzal, diosa lunar juvenil, debajo de su silla está un ciempiés. De igual manera aparece el animal bajo la silla en los dibujos del Códice Aubin. Xochiquetzal es diosa del amor, de la luna y, por consiguiente, de la fertilidad; el ciempiés es elemento que aparece relacionado con ella, o sea, que se puede considerar símbolo de fertilidad (Seler, 1963: 230).

En el Códice Borgia encontramos al ciempiés saliendo de la boca de la Cihuatéotl del sur (Seler, 1963: 75). Las cihuatéotl eran «almas de las mujeres muertas en el parto que bajan a la tierra para pasar a los niños la epilepsia y para seducir a los hombres a la impudicia y al pecado (Seler, 1963: 63). Aquí aparece la connotación sexual y la de la muerte.

Entre los indios de la Guajira colombiana, Milciades Chaves, al estudiar sus mitos, relata que ellos cuentan que existía un indio llamado Pushiana, quien después de la muerte se convertía en diversos animales. Este personaje se «convertía en ciempiés y entonces los demás indios le preguntaban si ésta o aquella muchacha estaba todavía señorita, y entonces él entraba y salía de entre las piernas de la mujer diciendo: «ésta ya no es señorita. La muchacha quedaba aterrada» (Chaves, 1946: 316).

Reichel da, en su estudio sobre los Desana, un relato en el cual el ciempiés es personaje principal. Cuando el primer hombre, creado por el sol, llegó a la tierra, tuvo apareamiento con un ser mítico: «la hija de la Trucha», quien parió un niño. «El ciempiés y una gran araña negra y venenosa vinieron a lamer la sangre del parto y desde entonces el ciempiés se parece al cordón umbilical y la araña a la vagina... desde entonces la presencia de estos animales da vómito y produce dolores parecidos a los del parto» (Reichel, 1968: 20-1). En este ejemplo también el ciempiés está relacionado con el sexo y con la procreación.

#### LAS FIGURAS ANTROPOZOOMORFAS

Hemos efectuado un recorrido en tiempo y espacio por los pueblos americanos, principalmente por Mesoamérica, Colombia y el Perú, buscando la simbología de serpientes, lagartijas y ciempiés. La información tomada de mitos, calendarios, dibujos y relieves, concuerda con un significado similar para los tres animales: sexo, fertilidad, transformación.

Regresemos a Tierradentro, a las urnas donde se encuentran los animales mágicos. Ya sabemos el significado de ellos y ahora nos preguntamos: ¿por qué fueron escogidos para esa representación funeraria? La respuesta a esa pregunta se empieza a conformar por el ya enunciado principio dualista de oposición, que rigió el universo religioso de los hombres precolombinos: en un sitio creado por la muerte, se simboliza la vida, una nueva vida, para oponer este concepto ideal a la realidad inevitable, para buscar una continuidad esperanzada que calme la angustia ante lo desconocido.

El hombre nunca se ha podido conformar con la muerte, ni ha querido aceptar el que con ella venga la anulación total de la esencia del ser. El entierro de por sí es una manifestación de la creencia, del deseo o de la esperanza de que exista un más allá donde se encuentre una existencia ideal, en algunos casos no precisada sino apenas intuida. Y cuando se trata de un entierro en recintos funerarios como los de Tierradentro, construidos para que sean viviendas duraderas para esa otra existencia, y cuidadosamente decorados, embellecidos y protegidos para que el nuevo estado al que se ingresa sea mejor que el terrenal, no podemos dudar de que el pueblo que efectuó esas realizaciones materiales tuvo como estímulo una compleja ideología socio-religiosa, en la cual la muerte y el devenir subsiguiente fueron temas fundamentales. Si para conservar los restos humanos se construyeron mansiones pétreas, para el espíritu debió preverse un futuro igualmente sólido, debió existir «otra vida» cuya puerta se franqueaba con la muerte. La terminación de la vida era el paso a una existencia mejor, la transformación del mortal en espíritu, el ingreso a un universo ideal.

La serpiente, la lagartija y el ciempiés, integran dentro de sus atributos mágicos las ideas anteriormente expresadas. Son el sexo: elemento indispensable para la creación de la vida; son la procreación: el acto biológico de la continuidad vital; son la fertilidad: la capacidad de renovar la vida de manera múltiple; son la transformación: lo deseado por los vivos para después de la muerte; son la nueva vida: la ideal, la deseada sin angustias ni limitaciones. Y son también la muerte, porque la muerte es el complemento de la vida, su elemento dual oponente, el paso indispensable para la transformación de la existencia real en ideal.

Que este era el pensamiento de los antiguos habitantes de Tierradentro parecen confirmarlo las figuras antropozoomorfas, mezcla de hombre y de serpiente (fig. 8), o de lagartija y hombre (fig. 15), que sintetizan todos los simbolismos expresados, aplicados ya concretamente al hombre, a ese hombre cuyos huesos descansan dentro de las urnas funerarias y cuyo espíritu debe estar gozando de la transformación que le trajo la muerte, en la nueva y plena existencia ideal.



BIBLIOGRAFIA

AYALA, Leonardo:

- 1975 *Las tumbas pintadas de Tierradentro. Historia del Arte Colombiano*. Vol. I, pp. 189-212. Bogotá.

BARNEY CABRERA, Eugenio:

- 1975 *La fauna religiosa en el Alto Magdalena*. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá.

BERNAL, Segundo:

- 1954 *Medicina y magia entre los Paeces*. *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. II, núm. 2, pp. 219-264. Bogotá.

BURG, Georg:

- 1938 *Beitrag zur Ethnographie Sudkolumbiens auf grund eigener Forschungen*. Iberoamericanisches Archiv. Berlin.

COE, Michael D.:

- 1962 *México*. Editorial Argos. Barcelona.

CUBILLOS, Julio César:

- 1954 *Arqueología de las riberas del Río Magdalena*. Espinal, Tolima. *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. II, núm. 2, pp. 115-143. Bogotá.

CUERVO MÁRQUEZ, Carlos:

- 1956 *Estudios arqueológicos y etnográficos*. Biblioteca de la Presidencia de Colombia. Editorial Kelly. Bogotá.

CHAVES MENDOZA, Alvaro, y PUERTA RESTREPO, Mauricio:

- 1976 *Tierradentro*. Ediciones Zazacuabi. Bogotá.  
1980a *Tierradentro*. Mayr y Cabal Editores. Bogotá.  
1980b *Entierros primarios de Tierradentro*. Banco de la República. Bogotá. *Monumentos arqueológicos de Tierradentro*. Banco Popular. Bogotá. (En imprenta.)

CHAVES, Milciades:

- 1946 *Mitos, leyendas y cuentos de la Guajira*. *Boletín de Arqueología*. Vol. II, núm. 4, pp. 305-331. Bogotá.

DUQUE GÓMEZ, Luis:

- 1963 *San Agustín. Reseña arqueológica*. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá.

FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas:

- 1973 *Noticia Historial de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada. Ediciones de la Revista Jiménez de Quesada*. Bogotá.

GROOT, Ana María:

- 1974 *Excavaciones arqueológicas en Tierradentro, estudio sobre cerámica y su posible uso en la elaboración de la sal*. Tesis de grado. Universidad de los Andes. Bogotá.

HERNÁNDEZ DE ALBA, Gregorio:

- 1938 Investigaciones arqueológicas en Tierradentro. *Revista de Indias*. Vol. II, núm. 9, p. 39, y núm. 10, pp. 91-101. Bogotá.

KAUFFMANN, Federico:

- 1973 *Manual de Arqueología Peruana*. Editorial Peisa. Lima.

KRICKEBERG, Walter:

- 1973 *Las antiguas culturas mexicanas*. Fondo de Cultura Económica. México.

LONG, Stanley, y YÁNGUEZ, Juan:

- 1970-71 Excavaciones en Tierradentro. *Revista Colombiana de Antropología*. Volumen XV. Bogotá.

NACHTIGALL, Horst:

- 1955 *Tierradentro. Archaeologie und Ethnographie einer Kolumbianischen Landschaft*. Origo Verlag. Zurich.

PÉREZ DE BARRADAS, José:

- 1943 *Colombia de Norte a Sur*. Ministerio de Asuntos Exteriores. Madrid.

PREUSS, Konrad T.:

- 1974 *Arte monumental prehistórico*. Universidad Nacional. Bogotá.

REICHEL DOLMATOFF, Gerardo:

- 1949-50 Los Kogi, una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. *Revista del Instituto Etnológico Nacional*. Vol. 4. Entregas 1.ª y 21. Bogotá.  
1968 *Desana. Simbolismo de los indios Tukano del Vaupés*. Uniandes. Bogotá.

RODRÍGUEZ LAMUS, Luis Raúl:

- 1962 Aspectos arquitectónicos en las tumbas de Tierradentro. *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. X, pp. 227-236. Bogotá.

SANTA GERTRUDIS, Fray Juan de:

- 1970 *Maravillas de la naturaleza*. Banco Popular. Bogotá.

SELER, Eduard:

- 1963 *Comentarios al Códice Borgia*. Fondo de Cultura Económica. México.

SILVA CELIS, Eliécer:

- 1943 La arqueología Tierradentro. *Revista del Instituto Etnológico Nacional*. Vol. I, pp. 117-130, y Vol. II, pp. 521-589. Bogotá.

SIMÓN, Fray Pedro:

- 1953 *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Biblioteca Autores Colombianos. Bogotá.